

## LAS CIUDADES INVISIBLES

*Le città invisibili*  
Italo Calvino, 1972

Las ciudades invisibles son aquellas de las que Marco Polo habla a Kublai Kan, rey de los tártaros, por medio de signos, ya que ninguno de los dos entiende la lengua del otro; en sus conversaciones permanecen la mayor parte del tiempo callados e inmóviles. En algún momento, puede parecer que Kublai cae sobre Marco, le pone una rodilla sobre el pecho, lo aferra por la barba y lo increpa, pero son “frases y actos quizá sólo pensados, mientras los dos, silenciosos e inmóviles, miran subir lentamente el humo de sus pipas.”

*Las ciudades invisibles* es un viaje inmóvil, sensorial y memorioso, a través de ciudades con nombre de mujer, o mujeres con nombre de ciudad, que Calvino divide, según lo que cada una dice a su espíritu, en 11 grupos, cada uno compuesto por 5 ciudades ordenadas en 9 series que van desde la Memoria hasta lo Oculto:

GRUPOS	CIUDADES				
Memoria	Diomira,	Isidora,	Zaira,	Zora,	Maurilia
Deseo	Dorotea,	Anastasia,	Despina,	Fedora,	Zobeida
Signos	Tamara,	Zirma,	Zoe,	Ipazia,	Olivia
Tenues	Isaura,	Zenobia,	Armillia,	Sofronia,	Ottavia
Cambios	Eufemia,	Cloe,	Eutropia,	Ersilia,	Smeraldina
Ojos	Valdrada,	Zemrude,	Baucis,	Fillide,	Moriana
Nombre	Aglaura,	Leandra,	Pirra,	Clarice,	Irene
Muertos	Melania,	Adelma,	Eusapia,	Argia,	Laudomia
Cielo	Eudossia,	Bersabea,	Tecla,	Perinzia,	Andria
Continuas	Leonia,	Trude,	Procopia,	Cecilia,	Pentesilea
Ocultas	Olinda,	Raissa,	Marozia,	Teodora,	Berenice

Las ciudades no son evocadas de un modo aleatorio, sino siguiendo una cadencia: la primera es Diomira, ciudad que encabeza el primer grupo, el de la Memoria; después viene Isidora, segunda ciudad de la Memoria, que precede a Dorotea, primera ciudad del Deseo; Zaira, tercera ciudad de la Memoria, es seguida por Anastasia, segunda ciudad del Deseo, y a ésta sigue Tamara, primera ciudad de los Signos...

```

Memo
Memo Deseo
Memo Deseo Signos
Memo Deseo Signos Tenues
Memo Deseo Signos Tenues Cambios
  Deseo Signos Tenues Cambios Ojos
    Signos Tenues Cambios Ojos Nombre
      Tenues Cambios Ojos Nombre Muertos
        Cambios Ojos Nombre Muertos Cielo
          Ojos Nombre Muertos Cielo Continuas
            Nombre Muertos Cielo Continuas Ocultas
              Muertos Cielo Continuas Ocultas
                Cielo Continuas Ocultas
                  Continuas Ocultas
                    Ocultas
  
```

Orgánicamente, la obra se estructura en nueve capítulos. En el primer y en el último capítulo, Calvino describe diez ciudades. Del segundo al octavo capítulo las ciudades descritas son cinco. Cada capítulo comienza y se cierra con un breve diálogo entre Marco Polo y Kublai Kan acerca de las maravillas conocidas por el viajero allí donde el rey lo envió. En el original, estos diálogos están en cursiva.

Pero el viaje, como ya dije es inmóvil, introspectivo. A pesar de que el guía sea Marco Polo, el viajero por excelencia, en este libro hay geometría, poesía, filosofía, psicología, pero geografía no.

Con un estilo que participa de lo pictórico tanto como de lo literario, el relato inspira imágenes de una riqueza visual tan emocionante que se echa en falta una colección de ilustraciones, como las que complementan las aventuras de *Alicia*.

Lo que sí abundan son los anacronismos. El carácter onírico de la narración permite a Calvino desprenderse ocasionalmente de Polo para invocar ciudades como Nueva York o Los Angeles, contemplar los aeropuertos y las torres de acero coronadas por antenas, evocar bibliotecas con tomos de Buffon y Linneo... Esta falta de sujeción a la temporalidad se agudiza en la irreal Leonia, cuyos habitantes disponen de frigoríficos provistos de toda clase de productos enlatados y escuchan las noticias en aparatos de radio; en consecuencia, entre su basura pueden encontrarse tubos de pasta dentífrica, bombillas o periódicos.

A continuación, un extracto de *Las ciudades invisibles* que puede servir de recordatorio a quien haya leído el libro, pero no exime de su lectura a quien aún no lo haya hecho, porque cada lector debe recorrer su itinerario y establecer sus identidades entre el mundo de Calvino y el suyo propio. Seguramente, habrá quien en vez de ciudades con nombre de mujer evoque directamente mujeres.

Por último, incluyo el texto de una conferencia pronunciada por Italo Calvino en la Universidad de Columbia, de Nueva York, el 29 de marzo de 1983.

## LAS CIUDADES INVISIBLES

### I

“No es que Kublai Kan crea en todo lo que dice Marco Polo cuando le describe las ciudades que ha visitado en sus embajadas, pero es cierto que el emperador de los tártaros sigue escuchando al joven veneciano con más curiosidad y atención que a ningún otro de sus mensajeros o exploradores. En la vida de los emperadores hay un momento en que se descubre que ese imperio que nos había parecido la suma de todas las maravillas es una destrucción sin fin ni forma, que su corrupción está demasiado gangrenada para que nuestro cetro pueda ponerle remedio, que el triunfo sobre los soberanos enemigos nos ha hecho herederos de su larga ruina. Sólo en los informes de Marco Polo, Kublai Kan conseguía discernir la filigrana de un diseño tan sutil que escapaba a la mordedura de las termitas.”

-oOo-

**Diomira**, ciudad con sesenta cúpulas de plata, estatuas de bronce de todos los dioses, calles pavimentadas de estaño, un teatro de cristal, un gallo de oro, que canta todas las mañanas sobre una torre... Quien llega [a esta ciudad] una noche de septiembre, cuando los días se acortan y las lámparas multicolores se encienden se pone a envidiar a los que ahora creen haber vivido ya una noche igual a ésta y haber sido aquella vez felices.

Al hombre que cabalga largamente por tierras selváticas le acomete el deseo de una ciudad... Finalmente, llega a **Isidora**, ciudad donde cuando el forastero está indeciso entre dos mujeres encuentra siempre una tercera. Isidora es la ciudad de sus sueños; con una diferencia. La ciudad soñada lo contenía joven; a Isidora llega a avanzada edad. En la plaza está la pequeña pared de los viejos que miran pasar la juventud [viajes, música, mujeres, peleas]; el hombre está sentado en fila con ellos. Los deseos son ya recuerdos.

Hasta entonces yo sólo había conocido el desierto. En **Dorotea** sentí que no había bien que no pudiera esperar de la vida. En los años siguientes mis ojos volvieron a contemplar el desierto, pero ahora sé que éste es sólo uno de los tantos caminos que se me abrían aquella mañana en Dorotea.

**Zaira** no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en los ángulos de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, surcado a su vez cada segmento por raspaduras, muescas, incisiones, cañonazos.

A quien se encuentra una mañana en medio de **Anastasia** los deseos se le despiertan todos juntos y lo circundan. La ciudad se te aparece como un todo en el que ningún deseo se pierde y del que tú formas parte, y como ella goza de todo lo que tú no gozas, no te queda sino habitar ese deseo y contentarte. Tal poder tiene Anastasia, ciudad engañadora.

El hombre camina días entre los árboles y las piedras. Raramente el ojo se detiene en una cosa, y es cuando la ha reconocido como el signo de otra: una huella en la

arena indica el paso del tigre, un pantano anuncia una veta de agua, la flor del hibisco el fin del invierno. Todo el resto es mudo e intercambiable; árboles y piedras son solamente lo que son. Finalmente, el viaje conduce a la ciudad de **Tamara**. El ojo no ve cosas sino figuras de cosas que significan otras cosas: las tenazas indican la casa del sacamuelas, el jarro la taberna (...) Desde la puerta de los templos se ven las estatuas de los dioses representados cada uno con sus atributos: la cornucopia, la clepsidra, la medusa (...) La ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso. Cómo es realmente la ciudad bajo esa apretada envoltura de signos, qué contiene o esconde, el hombre sale de Tamara sin haberlo sabido.

**Zora** tiene la propiedad de permanecer en la memoria punto por punto. Su secreto es la forma en que la vista se desliza por figuras que se suceden como en una partitura musical donde no se puede cambiar o desplazar ninguna nota. Obligada a permanecer inmóvil e igual a sí misma para ser recordada mejor, Zora languideció, se deshizo y desapareció. La Tierra la ha olvidado.

De dos maneras se llega a **Despina**: en barco o en camello. La ciudad se presenta diferente al que viene de tierra y al que viene del mar. El camellero que ve despuntar en el horizonte del altiplano los pináculos de los rascacielos piensa en un barco, sabe que es una ciudad, pero la piensa como una nave que lo saque del desierto. En la neblina de la costa el marinero distingue la forma de una giba de camello. Sabe que es una ciudad pero la piensa como un camello de cuyas albardas cuelgan odres y alforjas. Cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone.

De la ciudad de **Zirma** los viajeros vuelven con recuerdos bien claros: un negro ciego que grita en la multitud, un loco que se asoma por la cornisa de un rascacielos, una muchacha que pasea con un puma sujeto con una trailla. En realidad muchos de los ciegos que golpean con el bastón el empedrado de Zirma son negros, en todos los rascacielos hay alguien que se vuelve loco, todos los locos se pasan horas en las cornisas, no hay puma que no sea criado por un capricho de muchacha. La ciudad es redundante: se repite para que algo llegue a fijarse en la mente. La memoria es redundante: repite los signos para que la ciudad empiece a existir.

Se supone que **Isaura**, ciudad de los mil pozos, surge sobre un profundo lago subterráneo. Los dioses de la ciudad, según algunos, habitan en las profundidades, en el lago negro que alimenta las venas subterráneas. Según otros, los dioses habitan en los cubos que suben colgados de la cuerda cuando aparecen fuera del brocal de los pozos.

-oOo-

“Enviados a inspeccionar las remotas provincias, los mensajeros y los recaudadores de impuestos del Gran Kan regresaban puntualmente al palacio real de Kemenfú y a los jardines de magnolias a cuya sombra Kublai paseaba escuchando sus largas relaciones en lenguas incomprensibles para el Kan. Pero cuando el que hacía el relato era el joven veneciano, una comunicación diferente se establecía entre él y el emperador. Recién llegado y absolutamente ignaro de las lenguas del Levante, Marco Polo no podía expresarse sino con gestos: saltos, gritos de maravilla y de horror, ladridos o cantos de animales, o con objetos que iba extrayendo de su alforja: plumas de avestruz, cerbatanas, cuarzos, y disponiendo delante de sí como piezas de ajedrez. El Gran Kan descifraba los signos, pero el nexos entre éstos y los lugares visitados seguía siendo incierto: no sabía nunca si Marco quería representar una

aventura que le había sucedido en el viaje, una hazaña del fundador de la ciudad, la profecía de un astrólogo, un acertijo o una charada para indicar un nombre. Quizá el imperio, pensó Kublai, no es sino un zodiaco de fantasmas de la mente.”

## II

“En realidad, estaban mudos, con los ojos entrecerrados, recostados sobre almohadones, meciéndose en hamacas, fumando largas pipas de ámbar. Kublai Kan lo interrumpía o imaginaba que lo interrumpía, o Marco Polo imaginaba que lo interrumpía con una pregunta como: -¿Avanzas con la cabeza siempre vuelta hacia atrás? -o bien: -¿Lo que ves está siempre a tus espaldas? -o mejor: -¿Tu viaje se desarrolla sólo en el pasado? Todo para que Marco Polo pudiese explicar o imaginar que explicaba o que Kublai Kan hubiese imaginado que explicaba o conseguir por último explicarse a sí mismo que aquello que buscaba era siempre algo que estaba delante de él, y aunque se tratara del pasado era un pasado que cambiaba a medida que él avanzaba en su viaje, porque el pasado del viajero cambia según el itinerario cumplido. Al llegar a cada nueva ciudad el viajero encuentra un pasado suyo que ya no sabía que tenía. Marco entra en una ciudad; ve a alguien vivir en una plaza una vida o un instante que podían ser suyos; en el lugar de aquel hombre ahora hubiera podido estar él si tanto tiempo antes, en una encrucijada, en vez de tomar por una calle hubiese tomado por la opuesta. Los futuros no realizados son sólo ramas del pasado: ramas secas”.

-oOo-

Ocurre que para no decepcionar a los habitantes, el viajero elogia la ciudad de las postales y la prefiere a la presente, reconociendo que la magnificencia y prosperidad de **Maurilia** convertida en metrópoli, comparada con la vieja Maurilia provinciana, no compensan cierta gracia perdida que, sin embargo, se puede disfrutar sólo ahora en las postales, mientras antes, con la vieja Maurilia delante de los ojos, no se veía nada realmente gracioso. Hay que decir que a veces ciudades diferentes se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre, nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí.

En el centro de **Fedora** hay un palacio de metal con una esfera de vidrio en cada aposento. Dentro de cada esfera se ve una ciudad azul que es el modelo de otra Fedora. Son las formas que la ciudad habría podido adoptar si, por una u otra razón, no hubiese llegado a ser como hoy la vemos. Fedora tiene hoy en el palacio de las esferas su museo: cada habitante lo visita [y] elige la ciudad que corresponde a sus deseos. La gran Fedora de piedra encierra aquello que se acepta como necesario mientras todavía no lo es; las otras [las de vidrio], aquello que se imagina como posible y un minuto después deja de serlo.

Apenas el forastero llega a la ciudad desconocida distingue cuáles son los palacios de los príncipes, cuáles los templos de los grandes sacerdotes, la posada, la prisión, el barrio de los lupanares. No así en **Zoe**. En cada lugar de esta ciudad se podría sucesivamente dormir, fabricar arneses, cocinar, acumular monedas de oro, desvestirse, reinar, vender, interrogar oráculos. La ciudad de Zoe es el lugar de la existencia indivisible.

Aunque situada en terreno seco, [la ciudad de **Zenobia**] se levanta sobre altísimos pilotes, y las casas son de bambú y de zinc, con muchas galerías y balcones, situadas a distinta altura, sobre zancos que se superponen unos a otros, unidas por escalas de cuerda y veredas suspendidas. Es inútil decidir si ha de clasificarse a Zenobia entre las ciudades felices o infelices. No tiene sentido dividir las ciudades en estas dos especies, sino entre otras dos: las que a través de los años y mutaciones siguen dando forma a los deseos y aquellas en las que los deseos o bien logran borrar la ciudad o son borrados por ella.

[En] la ciudad de **Eufemia** los mercaderes de siete naciones se reúnen en cada solsticio y en cada equinoccio. Lo que impulsa a remontar ríos y atravesar desiertos para venir hasta aquí no es sólo el trueque de mercancías sino también porque de noche, junto a las hogueras que rodean el mercado, a cada palabra que uno dice – como *lobo*, *hermana*, *tesoro escondido*, *batalla*, *sarna*, *amantes*- los otros cuentan cada uno su historia de lobos, de hermanas, de tesoros, de sarna, de amantes, de batallas.

-oOo-

“Recién llegado, y sin saber nada de las lenguas de Levante, Marco Polo no podía expresarse sino extrayendo objetos de sus maletas. [Pero] los objetos podían querer decir cosas diferentes. Con el paso del tiempo, en los relatos de Marco las palabras fueron sustituyendo a los objetos y los gestos. El extranjero había aprendido a hablar la lengua del emperador, o el emperador a entender la lengua del extranjero. Pero se hubiera dicho que la comunicación entre ellos era menos feliz que antes. Así, a las noticias fundamentales enunciadas con vocablos precisos, [Marco] hacía seguir un comentario mudo, alzando las manos de palma, de dorso o de canto, en movimientos rectos u oblicuos, espasmódicos o lentos. [Y] hasta el placer de recurrir a ellos disminuía en ambos; en sus conversaciones permanecían la mayor parte del tiempo callados e inmóviles”.

### III

“Kublai Kan había advertido que las ciudades de Marco Polo se parecían, como si el paso de una a la otra no implicara un viaje sino un cambio de elementos: -De ahora en adelante seré yo quien describa las ciudades y tu verificarás si existen y si son como yo las he pensado. -Del número de ciudades imaginables hay que excluir aquellas en las cuales se suman elementos sin un hilo que los conecte, sin una regla interna, una perspectiva, un discurso. Ocurre con las ciudades como con los sueños: todo lo imaginable puede ser soñado pero hasta el sueño más inesperado es un acertijo que esconde un deseo, o bien su inversa, un miedo. Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas, y toda cosa esconda otra. De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una respuesta tuya.”

-oOo-

**Zobeida**, ciudad blanca, bien expuesta a la luna, con calles que giran sobre sí mismas como un ovillo. Esto se cuenta de su fundación: hombres de naciones diversas tuvieron un sueño igual, vieron una mujer que corría de noche por una ciudad desconocida, la vieron de espaldas, con el pelo largo, y estaba desnuda. Soñaron que la seguían. A fuerza de vueltas todos la perdieron. Después del sueño buscaron aquella ciudad; no la encontraron pero se encontraron ellos; decidieron construir una ciudad como en el sueño. En la disposición de las calles cada uno rehízo el recorrido de su persecución de modo que no pudiera escapársele más. Esta fue la ciudad de Zobeida donde se establecieron esperando que una noche se repitiese aquella escena. Ninguno de ellos, ni en el sueño ni en la vigilia, vio nunca más a la mujer. Nuevos hombres llegaron de otros países, que habían tenido un sueño como el de ellos. Los que habían llegado primero no entendían que era lo que atraía a esa gente a Zobeida, a esa fea ciudad, a esa trampa.

De todos los cambios de lengua que debe enfrentar el viajero en tierras lejanas, ninguno iguala al que le espera en la ciudad de **Ipazia**, porque no se refiere a las palabras sino a las cosas. Entré en Ipazia una mañana, un jardín de magnolias se espejaba en lagunas azules, yo andaba entre los setos seguro de descubrir bellas y jóvenes damas bañándose: pero en el fondo del agua los cangrejos mordían los ojos de los suicidas con la piedra sujeta al cuello y los cabellos verdes de algas. Entré en la gran biblioteca, me perdí entre anaqueles que se derrumbaban bajo las encuadernaciones de pergamino, seguí el orden alfabético de alfabetos desaparecidos. El filósofo estaba sentado en la hierba. Dijo: “Los signos forman una lengua, pero no la que crees conocer”. Comprendí que debía liberarme de las imágenes que hasta entonces me habían anunciado las cosas que buscaba: sólo entonces lograría entender el lenguaje de Ipazia. En Ipazia tienes que entrar en las caballerizas y en los picaderos para ver a las hermosas mujeres que montan a caballo con los muslos desnudos y la caña de las botas sobre las pantorrillas, y apenas se acerca un joven extranjero, lo tumban sobre montones de heno o de aserrín y lo aprietan con duros pezones. No hay lenguaje sin engaño.

**Armill**a no tiene paredes, ni techos, ni pavimentos: no tiene nada que la haga parecer una ciudad, excepto las cañerías del agua, que suben verticales donde deberían estar las casas y se ramifican donde deberían estar los pisos. Contra el cielo blanquea algún que otro lavabo o bañera como frutos tardíos que han quedado colgados de las ramas. Se diría que los fontaneros han terminado su trabajo y se han ido antes de que llegaran los albañiles; o bien que sus instalaciones indestructibles han resistido a una catástrofe, terremoto o corrosión de termitas. [Pero] no se puede decir que Armilla esté desierta. Alzando los ojos entre las cañerías no es raro entrever mujeres jóvenes que retozan en las bañeras, se arquean bajo las duchas suspendidas en el vacío, se perfuman o se peinan los largos cabellos delante del espejo. La conclusión a que he llegado es ésta: de los cursos de agua canalizados en las tuberías de Armilla han quedado dueñas ninfas y náyades. Puede que su invasión haya expulsado a los hombres, o puede ser que Armilla haya sido construida por los hombres como un don votivo para congraciarse con las ninfas ofendidas por la manumisión de las aguas.

En **Cloe** las personas que pasan por las calles no se conocen. Al verse imaginan mil cosas las unas de las otras, los encuentros que podrían ocurrir entre ellas, las conversaciones, las sorpresas, las caricias, los mordiscos. Pero nadie saluda a nadie, las miradas se cruzan un segundo y después huyen, buscan otras miradas, no se detienen. Algo corre entre ellos, un intercambio de miradas, como líneas que

unen una figura a la otra y dibujan flechas, estrellas, triángulos, hasta que todas las combinaciones en un instante se agotan, y otros personajes entran en escena. Así se consuman seducciones, encuentros, abrazos, orgías sin cambiar una sola palabra, sin rozarse con un dedo, casi sin alzar los ojos. Una vibración lujuriosa mueve continuamente a Cloe, la más casta de las ciudades.

Los antiguos construyeron **Valdrada** a orillas de un lago con casas todas de galerías una sobre otra y calles altas que asoman al agua los parapetos de balaustres. Así el viajero ve al llegar dos ciudades, una directa sobre el lago y una de reflejo invertida. No existe o sucede algo en una Valdrada que la otra Valdrada no repita, porque la ciudad fue construida de manera que cada uno de sus puntos se reflejara en su espejo. Cuando los amantes mudan de posición los cuerpos desnudos piel contra piel buscando cómo ponerse para sacar más placer el uno del otro, cuando los asesinos empujan el cuchillo en las venas negras del cuello, incluso entonces no es tanto el acoplarse o matarse lo que importa como el acoplarse o matarse de las imágenes límpidas y frías en el espejo. Las dos Valdradas viven una para la otra, mirándose a los ojos de continuo, pero no se aman.

-oOo-

“El Gran Kan ha soñado una ciudad. -Vete de viaje, explora todas las costas y busca esa ciudad- dice el Kan a Marco-. Después vuelve a decirme si mi sueño responde a la verdad. -Perdóname, señor: no hay duda de que tarde o temprano me embarcaré en aquel muelle, pero no volveré para contártelo. La ciudad existe y tiene un simple secreto: conoce sólo partidas y no retornos.”

#### IV

“Kublai Kan escuchaba los relatos de Marco Polo sin alzar la vista. Eran las noches en que una congoja hipocondríaca pesaba sobre su corazón. -Tus ciudades no existen. Quizá no han existido nunca. Con seguridad no existirán jamás. ¿Por qué te solazas con fábulas consoladoras? -Sí, el imperio está enfermo y, lo que es peor, trata de acostumbrarse a sus llagas. El fin de mis exploraciones es éste: escrutando las huellas de felicidad que todavía se entrevén, mido su penuria.”

“A veces, el Kan era presa, en cambio, de accesos de euforia. Y sin embargo -decía- sé que mi imperio está hecho de la materia de los cristales, y agrega sus moléculas siguiendo un dibujo perfecto. ¿Por qué tus impresiones de viaje se detienen en las engañosas apariencias y no captan este proceso incontenible? ¿Por qué escondes al emperador la grandeza de su destino? Y Marco: Mientras a una orden tuya, sir, la ciudad una y última alza sus muros sin mácula, yo recojo las cenizas de las otras ciudades posibles que desaparecen para cederle lugar y no podrán ser reconstruidas ni recordadas más.”

-oOo-

No se debe confundir nunca la ciudad con el discurso que la describe. Y, sin embargo, entre la una y el otro hay una relación. **Olivia**, ciudad rica en productos y beneficios, está envuelta en una nube de hollín y de pringue que se pega a las paredes de las casas [y] en la red de vías los remolques, en sus maniobras, aplastan



a los peatones contra los muros. Pero en los suburbios donde desembarcan todas las noches hombres y mujeres como filas de sonámbulos, hay siempre quien en la oscuridad rompe a reír, da rienda suelta a las bromas y a los sarcasmos. La mentira no está en las palabras, está en las cosas.

La ciudad de **Sofronia** se compone de dos medias ciudades. En una está la gran montaña rusa, el carrusel, la rueda de las jaulas giratorias. La otra media ciudad es de piedra y mármol y cemento, con el banco, las fábricas, los palacios, el matadero, la escuela. Una de las medias ciudades está fija, la otra es provisional y cuando su tiempo de estadía ha terminado, la desmontan y se la llevan para transplantarla en los terrenos baldíos de otra media ciudad.

Al entrar en el territorio que tiene a **Eutropia** por capital, el viajero no ve una ciudad sino muchas, desparramadas en un vasto y ondulado altiplano. Eutropia es no una sino todas esas ciudades al mismo tiempo; una sola está habitada, las otras vacías; y esto ocurre por turno. El día que los habitantes de Eutropia se sienten asaltados por el cansancio toda la ciudadanía decide trasladarse a la ciudad vecina, donde cada uno tomará otro trabajo, otra mujer, verá otro paisaje al abrir las ventanas, pasará las noches en otros pasatiempos, amistades, maledicencias.

Si pasas silbando, con la nariz levantada detrás del silbido, conocerás **Zemrude** de abajo para arriba: antepechos, cortinas que se agitan, surtidores. Si caminas con el mentón sobre el pecho, con las uñas clavadas en las palmas, tus miradas se enredarán en el agua de la calzada, las alcantarillas, las espinas de pescado, los papeles sucios. Para todos llega el día en que bajamos la mirada y no conseguimos despegarla más del pavimento. El caso inverso no está excluido, pero es más raro.

Si quisiera describirte **Aglaura** ateniéndome a cuanto he visto y probado personalmente, debería decirte que es una ciudad desteñida, sin carácter, puesta allí a la buena de Dios. Pero a ciertas horas, en ciertos escorzos de camino, ves abrísete la sospecha de algo inconfundible, raro, acaso magnífico.

-oOo-

“He construido en mi mente un modelo de ciudad, de la cual se pueden deducir todas las ciudades posibles -dijo Kublai-. Encierra todo lo que responde a la norma. Como las ciudades que existen se alejan en diverso grado de la norma, me basta prever las excepciones a la norma y calcular sus combinaciones más probables. - También yo he pensado en un modelo de ciudad de la cual deduzco todas las otras -respondió Marco-. Es una ciudad hecha sólo de excepciones, impedimentos, contradicciones, incongruencias, contrasentidos.”

“Es hora de que mi imperio, ya demasiado crecido hacia fuera, pensaba el Kan, empiece a crecer hacia adentro, y soñaba bosques de granadas maduras cuya corteza se raja, cebúes asándose y rezumantes de grasa, vetas metalíferas que manan en desmoronamientos de pepitas brillantes. Su propio peso es el que está aplastando al imperio, piensa Kublai, y en sus sueños aparecen ciudades ligeras como cometas, ciudades caladas como encajes, ciudades transparentes como mosquiteros, ciudades nervadura de hoja, ciudades línea de la mano, ciudades filigrana para verlas a través de su opaco y ficticio espesor. Te contaré lo que soñé anoche -dice a Marco-. En medio de una tierra chata y amarilla sembrada de meteoritos y de rocas erráticas, veía elevarse a lo lejos las agujas de una ciudad de pináculos afinados, hechos de modo que la luna en su viaje pueda posarse ya sobre uno ya sobre otro, o mecerse colgada de los cables de las grúas. Y Polo: -La ciudad que has soñado es Lalage. -Hay algo que no sabes -añadió el Kan-. Agradecida, la luna ha otorgado a la ciudad de Lalage un privilegio más raro: crecer en ligereza.”

-oOo-

Ahora diré como es **Ottavia**, ciudad-telaraña. Hay un precipicio entre dos montañas abruptas: la ciudad está en el vacío, atada a las dos crestas con cuerdas y cadenas y pasarelas. La base de la ciudad es una red que sirve de pasaje y sostén. Todo lo demás, en vez de elevarse encima, cuelga hacia abajo: escalas de cuerda, hamacas, casas hechas en forma de saco, percheros. Suspendida en el abismo, la vida de sus habitantes es menos incierta que en otras ciudades. Sabes que la red no sostiene más que eso.

En **Ersilia**, para establecer las relaciones que rigen la vida de la ciudad, los habitantes tienden hilos entre los ángulos de las casas, blancos o negros o grises o blanquinegros según indiquen relaciones de parentesco, intercambio, autoridad. Cuando los hilos son tantos que ya no se puede pasar entre medias, los habitantes se van: se desmontan las casas; quedan sólo los hilos y los soportes de los hilos. Los prófugos de Ersilia miran la maraña de los hilos tendidos y vuelven a edificar Ersilia en otra parte. Después la abandonan y se trasladan aún más lejos con sus casas.

Los finos zancos que se alzan del suelo a gran distancia uno del otro y se pierden sobre las nubes sostienen la ciudad [de **Baucis**]. Nada de la ciudad toca el suelo salvo las largas patas de flamenco en que se apoya. Tres hipótesis se enuncian sobre sus habitantes: que odian la tierra; que la respetan al punto de evitar todo contacto; que la aman como era antes de ellos.

Dioses de dos especies protegen la ciudad de **Leandra**. Unos siguen a las familias en las mudanzas y se instalan en los nuevos alojamientos; otros forman parte de la casa y cuando la familia que la habitaba se va, ellos se quedan con los nuevos inquilinos. Para distinguirlos llamaremos a unos Penates y a los otros Lares. La verdadera esencia de Leandra es tema de discusiones sin fin. Los Penates sacan a relucir los viejos, los bisabuelos, la familia de otro tiempo; los Lares el ambiente tal como era antes de que lo arruinaran. De noche, en las casas de Leandra, se los oye parlotear, hacerse reproches, echarse puyas.

En **Melania**, cada vez que uno entra en la plaza, se encuentra en mitad de un diálogo: el soldado fanfarrón y el parásito, el joven pródigo y la meretriz, el padre avaro dirige las últimas recomendaciones a la hija enamorada y es interrumpido por el criado tonto que va a llevar un billete a la celestina. Uno vuelve a Melania años después y encuentra el mismo diálogo que continúa; entretanto han muerto el parásito, la celestina, el padre avaro; pero el soldado fanfarrón, la hija enamorada, el enano tonto han ocupado sus puestos, sustituidos a su vez por el hipócrita, la confidente, el astrólogo. Sucede a veces que un solo interlocutor desempeña al mismo tiempo dos o más papeles: tirano, benefactor, mensajero; o que un papel se desdobra, se multiplica, se atribuye a cien, a mil habitantes de Melania: tres mil para el hipócrita, treinta mil para el gorrón, cien mil hijos de reyes caídos en desgracia que esperan el reconocimiento.

-oOo-

“Marco Polo describe un puente, piedra por piedra. -¿Pero cuál es la piedra que sostiene el puente? -pregunta Kublai Kan. -El puente no está sostenido por esta piedra o por aquélla - responde Marco-, sino por la línea del arco que ellas forman. Kublai permanece silencioso, reflexionando. Después añade: -¿Por qué me hablas de las piedras? Es sólo el arco lo que me importa. Polo responde: -Sin piedras no hay arco.”

## VI

“-¿Te ha sucedido alguna vez ver una ciudad que se parezca a ésta? –preguntaba Kublai a Marco Polo asomando la mano ensortijada fuera del baldaquino de seda del bucentauro imperial<sup>(1)</sup>, para señalar los puentes que se arquean sobre los canales, los palacios principescos cuyos umbrales de mármol se sumergen en el agua, el ir y venir de los botes livianos que dan vueltas en zigzag impulsados por largos remos. El emperador, acompañado por su dignatario extranjero, visitaba Quinsai, antigua capital de depuestas dinastías, última perla engastada en la corona del Gran Kan. - No, sir -respondió Marco-, nunca hubiese imaginado que pudiera existir una ciudad semejante a ésta.”

“Era el alba cuando [Polo] dijo: Sir, ahora te he hablado de todas las ciudades que conozco. -Queda una de la que no hablas jamás. Marco Polo inclinó la cabeza. - Venecia- dijo el Kan. Marco sonrió. -¿Y de qué otra cosa crees que te hablaba? Cada vez que describo una ciudad digo algo de Venecia. Las imágenes de la memoria, una vez fijadas por las palabras, se borran. Quizás tengo miedo de perder a Venecia toda de una vez, si hablo de ella. O quizás, hablando de otras ciudades, la he ido perdiendo poco a poco.”

<sup>(1)</sup> La palabra *bucentauro* es una deformación del veneciano *buzino d'oro* o barco de oro. Designa un tipo de galera utilizada por el dux de Venecia en ciertos actos oficiales. La parte superior estaba cubierta con un baldaquino. También responde al nombre de bucentauro una criatura mitológica con cuerpo de toro en vez de caballo, sin ninguna relación con el relato de Calvino.

-oOo-

En **Smeraldina**, ciudad acuática, una retícula de canales y una retícula de calles se superponen y se entrecruzan. Para ir de un lugar a otro siempre puedes elegir entre el recorrido terrestre y el recorrido en barca, y como la línea más breve entre

dos puntos en Smeraldina no es una recta sino un zigzag que se ramifica en tortuosas variantes, las calles que se abren a cada transeúnte no son solo dos sino muchas, y aumentan aún más para quien alterna trayectos en barca y transbordos a tierra firme. Así el tedio de recorrer cada día las mismas calles es ahorrado a los habitantes de Smeraldina. Cada habitante se permite cada día la distracción de un nuevo itinerario para ir a los mismos lugares. Las vidas más rutinarias y tranquilas en Smeraldina transcurren sin repetirse.

Al llegar a **Fíldes**, te complaces en observar cuantos puentes distintos uno del otro atraviesan los canales; cuantas variedades de ventanas se asoman a las calles; cuántas especies de pavimentos cubren el suelo. "Feliz el que tiene todos los días a Fílide delante de los ojos y no termina nunca de ver las cosas que contiene", exclamas, con la pesadumbre de tener que dejar la ciudad después de haberla sólo rozado con la mirada. Muchas son las ciudades como Fíldes que se sustraen a las miradas, salvo si las atrapas por sorpresa.

Durante mucho tiempo **Pirra** fue para mí una de las tantas ciudades donde no he llegado jamás, que me imagino solamente a través del nombre: Eufrasia, Otilia, Márgara, Getulia. Apenas puse el pie [en ella], todo lo que imaginaba quedó olvidado; Pirra se había convertido en lo que es Pirra. Las casas están reagrupadas con intervalos y las separan terrenos con depósitos de carpinterías y aserraderos. Desde aquel momento el nombre Pirra evoca en mi mente esa vista, esa luz, ese zumbido, ese aire en el que vuela un polvo amarillento: es evidente que significa y no podía significar sino eso.

Jamás en mis viajes había avanzado hasta **Adelma**. El marinero que atrapó al vuelo la amarra y la ató a la bita se parecía a uno que había sido soldado conmigo, y había muerto. Un viejo cargaba una cesta de erizos en una carretilla; se parecía a un pescador que, viejo ya siendo yo niño, no podía seguir estando entre los vivos. Me turbó la vista de un enfermo de fiebres acurrucado en el suelo con una manta sobre la cabeza: mi padre pocos días antes de morir tenía los ojos amarillos y la barba hirsuta como él. Una verdulera pesaba unas berzas en la romana y las ponía en la canasta de una muchacha. La muchacha era igual que una de mi pueblo que se volvió loca de amor y se mató. La verdulera alzó la cara: era mi abuela. Pensé: Uno llega a un momento de la vida en que de la gente que ha conocido son más los muertos que los vivos. Y la mente se niega a aceptar otras fisonomías, otras expresiones: para cada cara nueva encuentra la máscara que más se adapta. Pensé: Tal vez Adelma es la ciudad a la que se llega al morir y donde cada uno encuentra las personas que ha conocido. Es señal de que estoy muerto también yo.

En **Eudossia**, que se extiende hacia arriba y hacia abajo, se conserva una alfombra en la que puedes contemplar la verdadera forma de la ciudad. Perderse en Eudossia es fácil: pero cuando te concentras en mirar la alfombra reconoces la calle que buscabas. Cada habitante de Eudossia confronta con el orden inmóvil de la alfombra una imagen suya de la ciudad, una angustia suya, y cada uno puede encontrar escondida entre los arabescos una respuesta, el relato de su vida, las vueltas del destino. Sobre la relación misteriosa de dos objetos tan diversos como la alfombra y la ciudad se interrogó a un oráculo. Uno de los dos objetos -fue la respuesta- tiene la forma que los dioses dieron al cielo estrellado y a las órbitas en que giran los mundos; el otro no es más que su reflejo aproximativo, como toda obra humana. Los augures estaban seguros desde hacía ya tiempo de que el armónico diseño de la alfombra era de factura divina. Pero del mismo modo tú puedes extraer

la conclusión opuesta: que el verdadero mapa del universo es la ciudad de Eudossia tal como es.

-oOo-

“-¡Entonces, el tuyo es realmente un viaje en la memoria! -El Gran Kan, siempre con el oído atento, se sobresaltaba en la hamaca cada vez que percibía en el discurso de Marco una inflexión melancólica-. ¡Para librarte de tu carga de nostalgia has ido tan lejos! ¡Con la bodega llena de añoranzas vuelves de tus expediciones! ¡Magras adquisiciones para un mercader de la Serenísima! Hacía una hora que jugaba como el gato con el ratón, y finalmente ponía a Marco en aprietos, cayéndole encima, plantándole una rodilla sobre el pecho, aferrándolo por la barba. Frases y actos quizá sólo pensados, mientras los dos, silenciosos e inmóviles, miraban subir lentamente el humo de sus pipas.”

## VII

“Kublai: -No sé cuándo has tenido tiempo de visitar todos los países que me describes. A mí me parece que nunca te has movido de estos jardines. Polo: -Todo lo que veo y hago cobra sentido en un espacio de la mente donde reina la misma calma que aquí, la misma penumbra, el mismo silencio. Kublai: -Tampoco yo estoy seguro de estar aquí, y no cabalgando con costras de sudor y sangre a la cabeza de mi ejército. Polo: -Tal vez este jardín existe sólo a la sombra de nuestros párpados bajos, nunca hemos cesado, tú de levantar el polvo en los campos de batalla, yo de contratar costales de pimienta en lejanos mercados, pero cada vez que entrecerramos los ojos en medio del estruendo y la muchedumbre, nos está permitido retirarnos aquí vestidos con quimonos de seda, para considerar lo que estamos viendo y viviendo, sacar conclusiones, contemplar desde lejos. Kublai: - Quizá este diálogo nuestro se desenvuelve entre dos harapientos apodados Kublai Kan y Marco Polo, que revuelven en un basural. Polo: -Quizá del mundo ha quedado un terreno baldío cubierto de albañales y el jardín colgante del palacio del Gran Kan. Son nuestros párpados los que los separan, pero no se sabe cuál está adentro y cuál afuera.”

-oOo-

**Moriana**, con sus puertas de alabastro transparentes a la luz del sol, sus columnas de coral que sostienen los frontones con incrustaciones de piedra serpentina, sus villas todas de vidrio como acuarios donde nadan las sombras de las bailarinas de escamas plateadas bajo las arañas de luces en forma de medusa. Basta recorrer un semicírculo y será visible la faz oculta de Moriana, una extensión de metal oxidado, tela de costal, ejes erizados de clavos, caños negros de hollín, montones de latas, cuerdas buenas sólo para colgarse de una viga podrida. [Moriana] no tiene espesor consiste sólo en un anverso y un reverso, como una hoja de papel, con una figura de este lado y otra del otro, que no pueden despegarse ni mirarse.

**Clarice**, ciudad gloriosa, tiene una historia atormentada. Varias veces decayó y volvió a florecer, teniendo siempre a la primera Clarice como modelo inigualable de todo esplendor. En los siglos de degradación la ciudad, vaciada por las pestilencias, rebajada de estatura por los derrumbes de viguerías y cornisas y por los desmoronamientos, se repoblaba lentamente al reemerger de hordas de

supervivientes que se dedicaban a todo lo que podía sacarse de donde estaba para ponerlo en otro lugar a fin de darle otro uso: los cortinajes de brocado terminaban por hacer de sábanas; en las urnas cinerarias de mármol plantaban albahaca; las verjas de hierro forjado arrancadas de las ventanas de los gineceos servían para asar carne de gato sobre fuegos de madera taraceada. Y sin embargo, del antiguo esplendor de Clarice no se había perdido casi nada, todo estaba allí, sólo que dispuesto en un orden diferente. A los tiempos de indigencia sucedían épocas más alegres: una Clarice mariposa suntuosa brotaba de la Clarice crisálida menesterosa; la nueva abundancia hacía rebosar la ciudad de materiales, edificios, objetos nuevos. Y cuanto más se asentaba triunfalmente la nueva ciudad en el lugar y en el nombre de la primera Clarice, más advertía que se alejaba de ella, que la destruía no menos rápidamente que los ratones y el moho. Tal vez Clarice ha sido siempre sólo un revoltijo de trastos desportillados, desaparejos, en desuso.

No hay ciudad más propensa que **Eusapia** a gozar de la vida. Y para que el salto de la vida a la muerte sea menos brusco, los habitantes han construido una copia idéntica de su ciudad bajo tierra. Los cadáveres son llevados allá abajo para seguir con las ocupaciones de antes. Sin embargo, todos los comercios y oficios de la Eusapia de los vivos funcionan bajo tierra. Claro, son muchos los vivos que piden para después de muertos un destino diferente del que ya les tocó: la necrópolis está atestada de cazadores de leones, mezzosopranos, banqueros, violinistas, duquesas, mantenidas, generales, más de cuantos contó nunca ciudad viviente. La obligación de acompañar abajo a los muertos y de acomodarlos en el lugar deseado ha sido confiada a una cofradía de encapuchados. Dicen que la misma cofradía existe entre los muertos y que no deja de darles una mano. Dicen que cada vez que descienden encuentran algo cambiado en la Eusapia de abajo; los muertos introducen innovaciones en su ciudad. De un año a otro, dicen, la Eusapia de los muertos es irreconocible. Y los vivos, para no ser menos, se han puesto a copiar su copia subterránea. Dicen que esto no ocurre sólo ahora: en realidad habrían sido los muertos quienes construyeron la Eusapia de arriba a semejanza de su ciudad. Dicen que en las dos ciudades gemelas no hay ya modo de saber cuáles son los vivos y cuáles los muertos.

Se atribuye a **Bersabea** esta creencia: que suspendida en el cielo existe otra Bersabea donde se ciernen las virtudes y los sentimientos más elevados de la ciudad. La imagen que la tradición divulga es la de una ciudad de oro macizo, con pernos de plata y puertas de diamante, una ciudad joya, toda taraceas y engarces. Creen empero que otra Bersabea existe bajo tierra, receptáculo de todo lo que tienen por despreciable e indigno, y es constante su preocupación por borrar de la Bersabea de afuera todo vínculo o semejanza con la gemela inferior. Imaginan que su sustancia es aquella que baja por las cloacas prolongando el recorrido de las vísceras humanas, de negro agujero en negro agujero, hasta aplastarse en el último fondo subterráneo, y que de los mismos bolos perezosos enroscados allí abajo se elevan los edificios de una ciudad fecal. Bersabea, ciudad que sólo cuando defeca no es avara calculadora interesada.

La ciudad de **Leonia** se rehace a sí misma todos los días: cada mañana la población se despierta entre sábanas frescas, se lava con jabones apenas salidos de su envoltorio, se pone batas flamantes, extrae del refrigerador más perfeccionado latas aún sin abrir, escuchando las últimas retahílas del último modelo de radio. [En sus bolsas de basura se encuentran] no sólo tubos de dentífrico aplastados, bombillas quemadas, periódicos, envases, materiales de embalaje, sino también

calentadores, enciclopedias, pianos, juegos de porcelana. La basura de Leonia poco a poco invadiría el mundo si en el desmesurado basurero no estuvieran presionando basurales de otras ciudades que también rechazan lejos de sí montañas de desechos. Los límites entre las ciudades extranjeras y enemigas son bastiones infectos donde los detritos de una y otra se apuntalan recíprocamente, se superan, se mezclan.

-oOo-

“Polo: Tal vez este jardín sólo asoma sus terrazas sobre el lago de nuestra mente...  
Kublai: ...y por lejos que nos lleven nuestras atormentadas empresas de condotieros y de mercaderes, ambos custodiamos dentro de nosotros esta conversación pausada, esta noche siempre igual. Polo: A menos que sea cierta la hipótesis opuesta: que quienes se afanan en los campamentos y en los puertos existan sólo porque los pensamos nosotros dos, inmóviles desde siempre. Kublai: Que no existan la fatiga, los alaridos, las heridas, el hedor, sino sólo esta planta de azalea. Polo: Que los cargadores, los picapedreros, los barrenderos existan sólo porque nosotros los pensamos. Kublai: A decir verdad, yo no los pienso nunca. Polo: Entonces no existen. Kublai: No creo que esa conjetura nos convenga. Sin ellos nunca podríamos estar meciéndonos arrebujados en nuestras hamacas. Polo: Hay que excluir la hipótesis, entonces. Por lo tanto será cierta la otra: que existan ellos y no nosotros. Kublai: Hemos demostrado que si existiéramos, no estaríamos aquí. Polo: Pero en realidad estamos.”

## VIII

“Kublai pensó: Si cada ciudad es como una partida de ajedrez, el día que llegue a conocer sus reglas poseeré finalmente mi imperio, aunque jamás consiga conocer todas las ciudades que contiene. Al volver de su última misión, Marco Polo encontró al Kan esperándolo sentado delante de un tablero de ajedrez. Con un gesto lo invitó a sentarse frente a él y a describirle con la sola ayuda del juego las ciudades que había visitado. El veneciano no se desanimó. Disponiendo sobre el tablero torres amenazadoras y caballos espantadizos, Marco recreaba las perspectivas y los espacios de ciudades blancas y negras en las noches de luna. Al contemplar estos paisajes esenciales, Kublai reflexionaba sobre el orden invisible que rige las ciudades, las reglas a las que responde su surgir y cobrar forma y prosperar y adaptarse a las estaciones y marchitarse y caer en ruinas. En adelante Kublai Kan no tenía necesidad de enviar a Marco Polo a expediciones lejanas: lo retenía jugando interminables partidas de ajedrez.”

“El Gran Kan trataba de ensimismarse en el juego: pero ahora era el porqué del juego lo que se le escapaba. El fin de cada partida es una ganancia o una pérdida; ¿pero de qué? ¿Cuál era la verdadera apuesta? En el jaque mate, bajo el pie del rey destituido por la mano del vencedor, queda un cuadrado negro o blanco. Los multiformes tesoros del imperio no eran sino apariencias ilusorias, se reducía a una tesela de madera cepillada.”

-oOo-

**Irene** es un nombre de ciudad de lejos, y si uno se acerca cambia; para el que pasa sin entrar, es una, y otra para el que está preso de ella y no sale; quizá he hablado ya de Irene bajo otros nombres: quizá no he hablado sino de Irene.

Lo que hace a **Argia** diferente de las otras ciudades es que en vez de aire tiene tierra. La tierra cubre completamente las calles, las habitaciones están llenas de arcilla hasta el cielo raso. De Argia, desde aquí arriba, no se ve nada; hay quien dice: -Está allá abajo- y no queda sino creerlo. De noche, apoyando la oreja en el suelo, a veces se oye una puerta que golpea.

El que llega a **Tecla** poco ve de la ciudad, detrás de las cercas de tablas, los abrigos de arpillera, los andamios, las armazones metálicas. A la pregunta: -¿Por qué la construcción de Tecla se hace tan larga?- los habitantes, sin dejar de levantar cubos, de bajar plomadas, de mover de arriba abajo largos pinceles: -Para que no empiece la destrucción- responden.

Si al tocar tierra en **Trude** no hubiese leído el nombre de la ciudad escrito en grandes letras, hubiera creído llegar al mismo aeropuerto del que partiera. Era la primera vez que iba a Trude, pero conocía ya el hotel donde acerté a alojarme; ya había oído y dicho mis diálogos con compradores y vendedores de chatarra; otras jornadas iguales a aquélla habían terminado mirando a través de los mismos vasos los mismos ombligos ondulantes. -Puedes remontar el vuelo cuando quieras- me dijeron--, pero llegaras a otra Trude, igual punto por punto; el mundo está cubierto por una única Trude que no empieza ni termina, sólo cambia el nombre del aeropuerto.

En **Olinda**, el que va con una lupa y busca con atención puede encontrar en alguna parte un punto no más grande que una cabeza de alfiler donde, mirando con un poco de aumento, se ven dentro los techos las antenas las claraboyas los jardines. [Con el tiempo, ese punto] se convierte en una ciudad de tamaño natural, encerrada dentro de la ciudad de antes: una nueva ciudad que se abre paso en medio de la ciudad de antes y la empuja hacia fuera. Olinda crece en círculos concéntricos, como los troncos de los árboles que cada año aumentan un anillo.

-oOo-

“El Gran Kan trataba de ensimismarse en el juego [Repetición del último párrafo de la reflexión con que se inicia este capítulo]... se reducía a una tesela de madera cepillada. El Gran Kan no se había dado cuenta hasta entonces de que el extranjero supiera expresarse con tanta fluidez en su lengua, pero no era esto lo que le pasmaba [sino] la cantidad de cosas que se podían leer en un trocito de madera liso y vacío; ya Polo le estaba hablando de los bosques de ébano, de las balsas de troncos que descienden los ríos, de los atracaderos, de las mujeres en las ventanas...”

IX

“-Yo hablo, hablo -dice Marco- pero el que me escucha retiene sólo las palabras que espera. Lo que comanda el relato no es la voz: es el oído. El Gran Kan posee un



atlas cuyos dibujos figuran el orbe terráqueo todo entero y continente por continente, los confines de los reinos más lejanos, las rutas de los navíos, los contornos de las costas, los planos de las metrópolis más ilustres y de los puertos más opulentos. Hojea los mapas bajo los ojos de Marco Polo para poner a prueba su saber. El atlas representa también ciudades de las que ni Marco ni los geógrafos saben si existen y donde están. Aun para ellas dice Marco un nombre, no importa cuál. -Me parece que reconoces mejor las ciudades en el atlas que cuando las visitas en persona- dice a Marco el emperador cerrando el libro de golpe.”

“El atlas revela la forma de las ciudades que todavía no poseen forma ni nombre. Está la ciudad con la forma de Amsterdam; está la ciudad con la forma de York; está la ciudad con la forma de Nueva Amsterdam llamada también Nueva York, atestada de torres de vidrio y acero sobre una isla oblonga entre dos ríos, con calles como profundos canales todos rectos salvo Broadway. En los últimos mapas del atlas se diluían retículas sin principio ni fin, ciudades en forma de Los Ángeles, con la forma de Kyoto-Osaka, sin forma.”

-oOo-

Cada ciudad, como **Laudomia**, tiene a su lado otra ciudad cuyos habitantes llevan los mismos nombres: es la Laudomia de los muertos, el cementerio. Pero la cualidad especial de Laudomia es la de ser, más que doble, triple, comprendiendo una tercera Laudomia que es la de los no nacidos. Las calles de la Laudomia de los muertos son apenas lo bastante anchas para que dé vuelta el carro del sepulturero, y se asoman a ellas edificios sin ventanas; pero el trazado de las calles y el orden de las moradas repite el de la Laudomia viviente. Justamente Laudomia asigna una residencia igualmente vasta a aquellos que aún deben nacer; es cierto que el espacio no guarda proporción con su número que se supone inmenso, pero como es posible atribuir a los no nacidos las dimensiones que se quiera, pensarlos como hormigas o huevos de hormiga, nada impide contemplar en una veta del mármol toda la Laudomia de aquí a cien o mil años y reconocer en ellos a los descendientes propios y a los de las familias aliadas o enemigas; los que van a nacer en Laudomia aparecen puntiformes como granitos de polvo, separados del antes y del después. La Laudomia de los no nacidos no transmite, como la de los muertos, seguridad alguna a los habitantes de la Laudomia viviente, sino sólo zozobra.

Llamados a dictar las normas para la fundación de **Perinzia**, los astrónomos establecieron el lugar y el día según la posición de las estrellas, trazaron las líneas cruzadas de las calles principales orientadas una como el curso del sol y la otra como el eje en torno al cual giran los cielos, dividieron el mapa según las doce casas del zodíaco de manera que cada templo y cada barrio recibiese el justo influjo de las constelaciones oportunas. Perinzia -aseguraron- reflejaría la armonía del firmamento; la razón de la naturaleza y la gracia de los dioses daría forma a los destinos de los habitantes. En las calles de Perinzia hoy encuentras lisiados, enanos, jorobados, obesos, mujeres barbudas. Pero lo peor no se ve; gritos guturales suben desde los sótanos y los graneros, donde las familias esconden a los hijos de tres cabezas o seis piernas. Los astrónomos de Perinzia se encuentran frente a una difícil opción: o admitir que todos sus cálculos están equivocados o revelar que el orden de los dioses es exactamente el que se refleja en la ciudad de los monstruos.

Cada año en mis viajes hago alto en **Procopia** y me alojo en la misma habitación de la misma posada. Desde la primera vez me he detenido a contemplar el paisaje que se ve corriendo la cortina de la ventana: un foso, un puente, una pequeña pared, un árbol de serbo, un campo de maíz. Estoy seguro de que la primera vez no se veía a nadie; fue sólo al año siguiente cuando pude distinguir una cara redonda y chata que mordisqueaba una mazorca. Después de un año eran tres sobre la pequeña pared, y al volver vi seis. Cada año, apenas entraba en la habitación, levantaba la cortina y contaba algunas caras mis: dieciséis, incluidos los de allí abajo en el foso. Se asemejan, parecen amables, tienen pecas en las mejillas, sonríen. Pronto vi todo el puente lleno de tipos de cara redonda, en cuclillas porque ya no tenían más lugar para moverse; desgranaban las mazorcas, después roían las raspas. Así un año tras otro he visto desaparecer el foso, el árbol, el serbo, ocultos por setos de sonrisas tranquilas, entre las mejillas redondas que se mueven masticando hojas. Este año, por fin, al levantar la cortina, la ventana encuadra sólo una extensión de caras. Hasta el cielo ha desaparecido. En mi cuarto nos alojamos veintiséis: para mover los pies tengo que molestar a los que se acurrucan en el suelo, me abro paso entre las rodillas de los que están sentados en el arcón y los codos de los que se turnan para apoyarse en la cama: todas personas amables, por suerte.

No es feliz la vida en **Raissa**. Por las calles la gente camina torciéndose las manos, impreca a los niños que lloran, por la mañana despierta de un mal sueño y empieza otro. En los talleres a cada rato alguien se machaca los dedos con el martillo o se pincha con la aguja. Dentro de las casas es peor, y no hay que entrar para saberlo: en verano las ventanas aturden con peleas y platos rotos. Y sin embargo, en Raissa hay a cada momento un niño que desde una ventana ríe a un perro que ha saltado sobre un cobertizo para morder un pedazo de polenta que ha dejado caer un albañil que desde lo alto del andamio exclama: -¡Prenda mía, déjame probar!- a una joven posadera que levanta un plato de estofado bajo la pérgola, contenta de servirlo al paraguero que celebra un buen negocio, una sombrilla de encaje blanco comprada por una gran dama para pavonearse en las carreras, enamorada de un oficial que le ha sonreído al saltar el último seto, feliz él pero más feliz todavía su caballo que volaba sobre los obstáculos viendo volar en el cielo a un francolín, pájaro feliz liberado de la jaula por un pintor feliz de haberlo pintado pluma por pluma, salpicado de rojo y de amarillo...

Con tal arte fue construida **Andria**, que cada una de sus calles corre siguiendo la órbita de un planeta y los edificios y los lugares de la vida en común repiten el orden de las constelaciones y las posiciones de los astros más luminosos. Los astrónomos escrutan con los telescopios después de cada mudanza que ocurre en Andria, y señalan la explosión de una nova, o el paso del anaranjado al amarillo de un remoto punto del firmamento, la expansión de una nebulosa, la curva de una vuelta de la espiral de la Vía Láctea. Cada cambio implica una cadena de otros cambios, tanto en Andria como entre las estrellas: la ciudad y el cielo no permanecen jamás iguales. Del carácter de los habitantes de Andria merecen recordarse dos virtudes: la seguridad en sí mismos y la prudencia. Convencidos de que toda innovación en la ciudad influye en el dibujo del cielo, antes de cada decisión calculan los riesgos y las ventajas para ellos y para el conjunto de la ciudad y de los mundos.

En las calles de **Cecilia**, ciudad ilustre, encontré una vez a un cabrero que empujaba rozando las paredes un rebaño tintineante. -Hombre bendecido por el cielo -se detuvo a preguntarme-, ¿sabes decirme el nombre de la ciudad donde nos encontramos? Soy un pastor trashumante. Nos toca a veces a mí y a las cabras

atravesar ciudades; pero no sabemos distinguir las. Las ciudades para mí no tienen nombre; son lugares sin hojas que separan un pastizal de otro, y donde las cabras se espantan de los cruces y se desbandan. -Al contrario que tú -afirmé-, yo reconozco sólo las ciudades y no distingo lo que está afuera. En los lugares deshabitados toda piedra y toda hierba se confunde a mis ojos con toda piedra y hierba.

Una Sibila, interrogada sobre el destino de **Marozia**, dijo: -Veo dos ciudades: una del ratón, otra de la golondrina. El oráculo fue interpretado así: Marozia es una ciudad donde todos corren por galerías de plomo como bandas de ratones arrancándose de entre los dientes los restos que caen de los dientes de los ratones más amenazadores; pero está por empezar un nuevo siglo en el que todos en Marozia volarán como las golondrinas por el cielo de verano, despejando el aire de mosquitos y moscas. -Es hora de que el siglo del ratón termine y empiece el de la golondrina- dijeron los más resueltos. Y en realidad ya bajo el torvo y sórdido predominio ratonil se sentía incubarse, entre la gente menos notoria, un impulso de golondrinas que dibujan con el filo de las alas la curva de un horizonte que se ensancha. Volví a Marozia años después; la profecía de la Sibila se considera cumplida. Pero las alas que he visto volar son las de los paraguas desconfiados bajo los cuales párpados pesados bajan cuando los miran; gentes que creen volar las hay, pero apenas si se levantan del suelo agitando hopalandas de murciélago. ¿El oráculo se equivocaba? No está dicho. Yo lo interpreto de esta manera: Marozia consiste en dos ciudades: la del ratón y la de la golondrina; ambas cambian en el tiempo, pero no cambia su relación: la segunda es la que está por librarse de la prisión de la primera.

Para hablarte de **Pentesilea** tendría que empezar por describirte la entrada en la ciudad. Tú imaginas, claro, que ves alzarse de la llanura polvorienta un cerco de murallas, que te aproximas paso a paso a la puerta, pasas debajo de una arquivolta y te encuentras dentro de la ciudad. Si crees esto, te equivocas: en Pentesilea es distinto. Hace horas que avanzas y no ves claro si estás ya en medio de la ciudad o todavía afuera. Si Pentesilea es sólo periferia de sí misma y tiene su centro en cualquier lugar, he renunciado a entenderlo. La pregunta que ahora comienza a rodar en tu cabeza es más angustiada: fuera de Pentesilea, ¿existe un fuera?

Invasiones recurrentes afligieron la ciudad de **Teodora** en los siglos de su historia. Liberado el cielo de cóndores hubo que enfrentar el crecimiento de las serpientes; el exterminio de las arañas permitió multiplicarse y negrear las moscas; la victoria sobre las termitas entregó la ciudad al poder de la carcoma. Una por una las especies inconciliables con la ciudad tuvieron que sucumbir y se extinguieron. A fuerza de destrozar escamas y caparazones, de arrancar élitros y plumas, los hombres dieron a Teodora la exclusiva imagen de ciudad humana que todavía la distingue. Pero antes, durante largos años, no se supo si la victoria final no sería de los ratones. De cada generación de roedores que los hombres conseguían exterminar, los pocos sobrevivientes daban a luz una progenie más aguerrida, invulnerable a las trampas y refractaria a todo veneno. Finalmente, en una postrer hecatombe, el ingenio mortífero y versátil de los hombres logró la victoria sobre las desbordantes actitudes vitales de los enemigos. El hombre había restablecido finalmente el orden del mundo perturbado por él mismo: no existía ninguna otra especie viviente que volviera a ponerlo en peligro. En recuerdo de lo que había sido la fauna, la biblioteca de Teodora custodiaría en sus anaqueles los tomos de Buffon y de Linneo.

Así creían por lo menos los habitantes de Teodora, lejos de suponer que una fauna obligada se estaba despertando del letargo. Relegada durante largas eras a escondrijos apartados, la otra fauna volvía a la luz desde los sótanos de la biblioteca donde se conservan los incunables [y] se instalaba a la cabecera de los durmientes. Las esfinges, los grifos, las quimeras, los dragones, los hircocervos, las arpías, las hidras, los unicornios, los basiliscos volvían a tomar posesión de su ciudad.

La verdadera **Berenice** es una sucesión en el tiempo de ciudades diferentes, alternativamente justas e injustas. En la semilla de la ciudad de los justos está oculta a su vez una simiente maligna; la certeza y el orgullo de estar en lo justo fermentan en rencores rivalidades despechos, y el natural deseo de desquite sobre los injustos se tiñe de la manía de ocupar su sitio haciendo lo mismo que ellos.

-oOo-

“El atlas del Gran Kan contiene también los mapas de las tierras prometidas visitadas con el pensamiento pero todavía no descubiertas o fundadas; la Nueva Atlántida, Utopía, la Ciudad del Sol, Océana, Tamoé, Armonía, New-Lanark, Icaria. [Dice Polo:] Para llegar a esos puertos no sabría trazar la ruta en la carta ni fijar la fecha de llegada. El Gran Kan estaba hojeando ya en su atlas los mapas de las ciudades que amenazan en las pesadillas y en las maldiciones: Enoch, Babilonia, Yahoo, Butua, Brave New World. Y Polo: El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio.”

CONFERENCIA DE CALVINO EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA, NY  
29 de marzo de 1983

En *Las ciudades invisibles* no se encuentran ciudades reconocibles. Son todas inventadas; he dado a cada una un nombre de mujer; el libro consta de capítulos breves, cada uno de los cuales debería servir de punto de partida de una reflexión válida para cualquier ciudad o para la ciudad en general.

El libro nació lentamente, con intervalos a veces largos, como poemas que fui escribiendo, según las más diversas inspiraciones. Cuando escribo procedo por series: tengo muchas carpetas donde meto las páginas escritas, según las ideas que se me pasan por la cabeza, o apuntes de cosas que quisiera escribir. Tengo una carpeta para los objetos, una carpeta para los animales, una para las personas, una carpeta para los personajes históricos y otra para los héroes de la mitología; tengo una carpeta sobre las cuatro estaciones y una sobre los cinco sentidos; en una recojo páginas sobre las ciudades y los paisajes de mi vida y en otra ciudades imaginarias, fuera del espacio y del tiempo. Cuando una carpeta empieza a llenarse de folios, me pongo a pensar en el libro que puedo sacar de ellos.

Así en los últimos años llevé conmigo este libro de las ciudades, escribiendo de vez en cuando, fragmentariamente, pasando por fases diferentes. Durante un período se me ocurrían sólo ciudades tristes, y en otro sólo ciudades alegres; hubo un tiempo en que comparaba la ciudad con el cielo estrellado, en cambio en otro momento hablaba siempre de las basuras que se van extendiendo día a día fuera de las ciudades. Se había convertido en una suerte de diario que seguía mis humores y mis reflexiones; todo terminaba por transformarse en imágenes de ciudades: los libros que leía, las exposiciones de arte que visitaba, las discusiones con mis amigos.

Pero todas esas páginas no constituían todavía un libro: un libro (creo yo) es algo con un principio y un fin (aunque no sea una novela en sentido estricto), es un espacio donde el lector ha de entrar, dar vueltas, quizás perderse, pero encontrando en cierto momento una salida, o tal vez varias salidas, la posibilidad de dar con un camino para salir. Alguno de vosotros me dirá que esta definición puede servir para una novela con una trama, pero no para un libro como éste, que debe leerse como se leen los libros de poemas o de ensayos o, como mucho, de cuentos. Pues bien, quiero decir justamente que también un libro así, para ser un libro, debe tener una construcción, es decir, es preciso que se pueda descubrir en él una trama, un itinerario, un desenlace.

Nunca he escrito libros de poesía, pero sí muchos libros de cuentos, y me he encontrado frente al problema de dar un orden a cada uno de los textos, problema que puede llegar a ser angustioso. Esta vez, desde el principio, había encabezado cada página con el título de una serie: *Las ciudades y la memoria*, *Las ciudades y el deseo*, *Las ciudades y los signos*; llamé *Las ciudades y la forma* a una cuarta serie, título que resultó ser demasiado genérico y la serie terminó por distribuirse entre otras categorías. Durante un tiempo, mientras seguía escribiendo ciudades, no sabía si multiplicar las series, o si limitarlas a unas pocas (las dos primeras eran fundamentales) o si hacerlas desaparecer todas. Había muchos textos que no sabía cómo clasificar y entonces buscaba definiciones nuevas. Podía hacer un grupo con

las ciudades un poco abstractas, aéreas, que terminé por llamar *Las ciudades sutiles*.

Algunas podía definir las como *Las ciudades dobles*, pero después me resultó mejor distribuirlas en otros grupos. Hubo otras series que no preví de entrada; aparecieron al final, redistribuyendo textos que había clasificado de otra manera, sobre todo como “memoria” y “deseo”, por ejemplo *Las ciudades y los ojos* (caracterizadas por propiedades visuales) y *Las ciudades y los intercambios*, caracterizadas por intercambios: intercambios de recuerdos, de deseos, de recorridos, de destinos. Las continuas y las escondidas, en cambio, son dos series que escribí adrede, es decir con una intención precisa, cuando ya había empezado a entender la forma y el sentido que debía dar al libro. A partir del material que había acumulado fue como estudié la estructura más adecuada, porque quería que estas series se alternaran, se entretajaran, y al mismo tiempo no quería que el recorrido del libro se apartase demasiado del orden cronológico en que se habían escrito los textos. Al final decidí que habría 11 series de 5 textos cada una, reagrupados en capítulos formados por fragmentos de series diferentes que tuvieran cierto clima común. El sistema con arreglo al cual se alternan las series es de lo más simple, aunque hay quien lo ha estudiado mucho para explicarlo.

Todavía no he dicho lo primero que debería haber aclarado: *Las ciudades invisibles* se presentan como una serie de relatos de viaje que Marco Polo hace a Kublai Kan, emperador de los tártaros. (En la realidad histórica, Kublai, descendiente de Gengis Kan, era emperador de los mongoles, pero en su libro Marco Polo lo llama Gran Kan de los Tártaros y así quedó en la tradición literaria.) No es que me haya propuesto seguir los itinerarios del afortunado mercader veneciano que en el siglo XIII había llegado a China, desde donde partió para visitar, como embajador del Gran Kan, buena parte del Lejano Oriente. Hoy el Oriente es un tema reservado a los especialistas, y yo no lo soy.

Pero en todos los tiempos ha habido poetas y escritores que se inspiraron en *El Millón* como en una escenografía fantástica y exótica: Coleridge en un famoso poema, Kafka en *El mensaje del emperador*, Buzzati en *El desierto de los tártaros*. Sólo *Las mil y una noches* puede jactarse de una suerte parecida: libros que se convierten en continentes imaginarios en los que encontrarán su espacio otras obras literarias; continentes del “allende”, hoy cuando podría decirse que el “allende” ya no existe y que todo el mundo tiende a uniformarse.

A este emperador melancólico que ha comprendido que su ilimitado poder poco cuenta en un mundo que marcha hacia la ruina, un viajero imaginario le habla de ciudades imposibles, por ejemplo una ciudad microscópica que va ensanchándose y termina formada por muchas ciudades concéntricas en expansión, una ciudad telaraña suspendida sobre un abismo, o una ciudad bidimensional como Moriana.

Cada capítulo del libro va precedido y seguido por un texto en cursiva en el que Marco Polo y Kublai Kan reflexionan y comentan. El primero de ellos fue el primero que escribí y sólo más adelante, habiendo seguido con las ciudades, pensé en escribir otros. Mejor dicho, el primer texto lo trabajé mucho y me había sobrado mucho material, y en cierto momento seguí con diversas variantes de esos elementos restantes (las lenguas de los embajadores, la gesticulación de Marco) de los que resultaron parlamentos diversos. Pero a medida que escribía ciudades, iba desarrollando reflexiones sobre mi trabajo, como comentarios de Marco Polo y del

Kan, y estas reflexiones tomaban cada una por su lado; y yo trataba de que cada una avanzara por cuenta propia. Así es como llegué a tener otro conjunto de textos que procuré que corrieran paralelos al resto, haciendo un poco de montaje en el sentido de que ciertos diálogos se interrumpen y después se reanudan; en una palabra, el libro se discute y se interroga a medida que se va haciendo.

Creo que lo que el libro evoca no es sólo una idea atemporal de la ciudad, sino que desarrolla, de manera unas veces implícita y otras explícita, una discusión sobre la ciudad moderna. A juzgar por lo que me dicen algunos amigos urbanistas, el libro toca sus problemáticas en varios puntos y esto no es casualidad porque el trasfondo es el mismo. Y la metrópoli de los big numbers no aparece sólo al final de mi libro; incluso lo que parece evocación de una ciudad arcaica sólo tiene sentido en la medida en que está pensado y escrito con la ciudad de hoy delante de los ojos.

¿Qué es hoy la ciudad para nosotros? Creo haber escrito algo como un último poema de amor a las ciudades, cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades. Tal vez estamos acercándonos a un momento de crisis de la vida urbana y *Las ciudades invisibles* son un sueño que nace del corazón de las ciudades invivibles.

Se habla hoy con la misma insistencia tanto de la destrucción del entorno natural como de la fragilidad de los grandes sistemas tecnológicos que pueden producir perjuicios en cadena, paralizando metrópolis enteras. La crisis de la ciudad demasiado grande es la otra cara de la crisis de la naturaleza. La imagen de la “megalópolis”, la ciudad continua, uniforme, que va cubriendo el mundo, domina también mi libro. Pero libros que profetizan catástrofes y apocalipsis hay muchos; escribir otro sería pleonástico, y sobre todo, no se aviene a mi temperamento. Lo que le importa a mi Marco Polo es descubrir las razones secretas que han llevado a los hombres a vivir en las ciudades, razones que puedan valer más allá de todas las crisis. Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos. Mi libro se abre y se cierra con las imágenes de ciudades felices que cobran forma y se desvanecen continuamente, escondidas en las ciudades infelices.

Casi todos los críticos se han detenido en la frase final del libro: “buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio”. Como son las últimas líneas, todos han considerado que es la conclusión, la “moraleja de la fábula”. Pero este libro es poliédrico y en cierto modo está lleno de conclusiones, escritas siguiendo todas sus aristas, e incluso no menos epigramáticas y epigráficas que esta última. Es cierto que si esta frase se ubica al final del libro no es por casualidad, pero empecemos por decir que el final del último capítulo tiene una conclusión doble, cuyos elementos son necesarios: sobre la ciudad utópica (que aunque no la descubramos no podemos dejar de buscarla) y sobre la ciudad infernal. Y aún más: ésta es sólo la última parte del texto en cursiva sobre los atlas del Gran Kan, por lo demás bastante descuidado por los críticos, y que desde el principio hasta el final no hace sino proponer varias “conclusiones” posibles de todo el libro. Pero está también la otra vertiente, la que sostiene que el sentido de un libro simétrico debe buscarse en el medio: hay críticos psicoanalistas que han encontrado las raíces profundas del libro en las evocaciones venecianas de Marco Polo, como un retorno a los primeros arquetipos de la memoria, mientras

estudiosos de semiología estructural dicen que donde hay que buscar es en el punto exactamente central del libro, y han encontrado una imagen de ausencia, la ciudad llamada Baucis. Es aquí evidente que el parecer del autor está de más: el libro, como he explicado, se fue haciendo un poco por sí solo, y únicamente el texto tal como es autorizará o excluirá esta lectura o aquella. Como un lector más, puedo decir que en el capítulo V, que desarrolla en el corazón del libro un tema de levedad extrañamente asociado al tema de la ciudad, hay algunos de los textos que considero mejores por su evidencia visionaria, y tal vez esas figuras más filiformes (“ciudades sutiles” u otras) son la zona más luminosa del libro.

Esto es todo lo que puedo decir.